

SUMARIO

Texto: De todo un poco, por Luis Taboada.—La rifa de Villambrienta, por Juan Pérez Zúñiga.—Fray Candil, por Clarín.—A mi suegra, por Eduardo Navarro Gonzalvo.—Compromiso, por Sinesio Delgado.—Sofisticado, por Eduardo de Palacio.—Lamentaciones, por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

Crónicas: Pilar Añón.—De baile.—A la salida del Real, por Cilla.



El pueblo de Madrid tuvo el viernes ocasión de matar dos ó tres horas á las puertas del hotel de París, esperando la salida de Mr. Cumberland, que con los ojos vendados, descubrió el sitio de la vía pública donde había sido escondido un alfiler.

La calle de Alcalá, desde el Ministerio de Hacienda hasta la Puerta del Sol, aparecía llena de gente, ansiosa de presenciar el maravilloso acontecimiento.

Personas de aspecto venerable, seres bien vestidos, sujetos deteriorados por el uso, jóvenes bulliciosos, niños de varios tamaños, señoras en estado de merecer y en estado interesante: de todo había en aquellas aceras.

Mr. Cumberland se retrasaba más de lo justo, y entonces el público rugía enfurecido, reclamando á gritos su preciosa presencia. Al fin, el adivinador hizo su aparición solemne, y la multitud le rodeó como si quisiera olerle y paldearle.

—¡Qué espectáculo tan hermoso!—nos decía un caballero feo, filántropo á ratos perdidos, que proyecta la creación de un asilo para imbeciles de buena índole, con el auxilio del Gobierno.—He aquí la manifestación solemne y espontánea de un pueblo candoroso e impresionable, que no trabaja hoy para poder presenciar el experimento de un sabio. ¡Qué buen corazón revelan todas esas personas!

Efectivamente, había allí muchos sujetos que desde las diez de la mañana esperaban, de pie en la acera, la salida de Mr. Cumberland. Casi ninguno de ellos había almorzado. ¡Todo por la ciencia!

Alguno estaba allí hacía cuatro horas, en compañía de su mujer y de sus chiquitines, aguardando el momento crítico y diciéndoles en voz baja:

—Procurad que no se nos ponga nadie delante. A ver, tú, Angelito; échate hacia atrás la gorra, para que no te estorbe la visera.

—Dime, papá—preguntaba el chiquitín,—¿ese señor hace daño á los niños?

—No, hijo mío; es muy buena persona.

—¿Y no muerde?

—¡Qué ha de morder! Lo que hace es ilustrarnos.

—¿Y sabe dónde están escondidas todas las cosas!

—Todas.

—Pues podía venir á nuestra casa, á ver si encontraba el añadido de mamá, que no parece por ninguna parte.

—No me recuerdes esa infamia—decía la madre, echando fuego por los ojos.—No hay quien me quite de la cabeza que me lo ha cogido la chica.

—Pero mujer, no tengas malos pensamientos—añadía el esposo.

—Tú te pasas de puro bueno. Di tú que no tengo bastante confianza con Cumberland; si la tuviera, ya verías tú qué pronto se descubría el robo.

—¿Le han quitado á V. algo?—preguntaba otra señora del público, metiéndose en la conversación.

—Sí, señora, un añadido muy hermoso de pelo de cabra que me había traído éste de Badajoz el año pasado... Porque nosotros tratamos en embutidos, ¿sabe V.?

—¿Pero se lo han quitado á V. ahora?

—En casa, hija, en casa. Tenemos una sirvienta que es de la provincia de Burgos, y naturalmente, se le puso entre

ceja y ceja el añadido, porque no ha visto V. cuñadas más señoritas que las burgalesas. Cuando le pregunté por el me contestó que lo habían cogido los niños para jugar á las mulas.

—¡Ay, cómo está el servicio doméstico!

—¡Le digo á V. que lo que una sufre con ellas!

—La mía lo lava todo en casa, ¿sabe V.?, y no hay jabón que llegue. La mitad se lo come.

—¿Le gusta el jabón?

—Quiero decir, que se lo guarda.

—¿Qué falta hacía que hubiese *Cumberlances* á precios económicos, para poderles llamar á las casas.

—¡Cuántas ocultaciones se descubrirían!

—Tiene V. mucha razón.

—¿Qué dirá V. que hacía una muchacha que tuvimos hace dos años? Escondía el chocolate debajo de la estera, y nos daba pedazos de ladrillo disuelto en leche. A mi marido le habían regalado unas figuras de barro cocido, que eran una monada; pues la muy bribona nos las fué dando poco á poco en lugar de chocolate.

—¿Y no notaban VV. la diferencia?

—No, señora, porque como nuestra alcoba es oscura, y siempre tomamos el chocolate medio dormidos...

Cumberland ha despertado mucha admiración; es indudable; sobre todo entre la gente que asistió el viernes á la calle de Alcalá.

Allí sí que era celebrado el maravilloso instinto del célebre adivinador.

—Debemos estarle agradecidos—gritaba un entusiasta.

—Por qué?

—Porque es un hombre que presta señalados servicios á la humanidad.

—¿Buscando alfileres?

* * *

El tiempo ha mejorado y comienzan á salir «á cuerpo» los chicos elegantes.

Pero nadie se decide á empeñar la capa todavía.

Cuando menos lo esperemos, volverán las heladas y los catarros húmedos con filtraciones espontáneas.

Los jóvenes de buena ropa usan por las mañanas cazadora á cuadros; por la tarde chaqué de pico de loro, y por la noche gabán largo con esclavina; con estas prendas de uso no hay corazón que se resista.

—Mire V.—nos decía un chico elegante que es un torpe amoroso por lo mucho que destruye.—Este gabán me lo hice con mi cuenta y razón. No hay mujer, por poco artista que sea, que no me mire con curiosidad cuando me lo pongo.

Más tarde supimos que las mujeres miraban el gabán á nuestro amigo, creyendo que éste llevaba *polissón* debajo de los faldones.

* * *

Una preciosa novela acaba de publicar el Marqués de Figueroa, conocido ventajosamente en el mundo de las letras.

Titúlase *La Vizcondesa de Armas*, y es una interesante narración, esmaltada por la galanura de un estilo correcto y elegante.

El joven literato revela un espíritu observador y otras varias y poco comunes condiciones que le colocan desde luego á la altura de los buenos novelistas.

¡Qué descansado se queda uno cuando puede, como ahora, tributar elogios merecidos!

LUIS TABOADA.

LA RIFA DE VILLAMBRIENTA

I

Nadie pasa por delante del pórtico de la iglesia, que es, aunque llena de achaques, orgullo de Villambrienta, sin fijarse en un tinglado que, sito junto á la puerta,

más bien que mesa de rifas parece puesto de ferias. Allí forman su tertulia mientras dura la nóvena, los que se llaman hermanos del Cristo de la Paciencia, y allí, al compás de los cuartos que chocan en la bandeja,

son blanco de chicoleos devotas que salen y entran. Poblada está todo el día la santa y piadosa mesa de mil objetos distintos que no valen dos pesetas. Allí se ve á San Antonio con un melón á su diestra, seguido de dos floreros con claveles y azucenas hechos por la boticaria con recortes de recetas; y junto á dos palomitas metidas en una cesta, un canastillo con tortas del tiempo del Rey don Fruela; un abanico de hueso con caries, dos cigarreras, una jaula con un gato y un reloj de sobremesa, que así se faltase el polvo como le faltan las ruedas; y al otro lado una Virgen del Rosario mancha y tuerta, y un cuadro en que está pintada la catedral de Sigüenza de tal modo que sus torres parecen dos vinagreras. La rifa de estos objetos por las tardes se celebra en medio del regocijo de la gente lugareña, y los cofrades, vendiendo millares de papeletas, por obra y gracia del bombo la socolina fomentan, en tanto que el pobre Cristo tales desmañes tolera, justificando su nombre de Cristo de la Paciencia.

II

No hay mejor moza en el pueblo que Juana la tabernera. Sus labios, con ser de mieles, derraman sal y pimienta; su sonrisa es pura gloria y sus ojos dos estrellas, tan grandes, que por poquito no caben en Villambriente. Por más de cuatro motivos la envidian sus compañeras, y no es el menor de todos

el ver que siempre se lleva los objetos de más precio que en la rifa se presentan. En vano gastan los cuartos en cientos de papeletas, la jueza municipal, la doctora, la maestra, el ama del cura y la primera contribuyente. En balde mozas y mozos piden á Dios cuando rezan, que les caiga lo más *majo* de la rifa de la iglesia. Todo cede ante la suerte de la gallarda doncella, flor y nata de las mozas del pueblo de Villambriente; pues no hay pendientes de aljófar, ni frasco de rica esencias, ni abanico de toreros, ni pañolito de seda, que no saque de la rifa Juanilla la tabernera. ¿Por qué goza el privilegio de hacer suya tanta prenda quien no se gasta en billetes al año media peseta? ¿Cómo el cielo la protege cuando tiene la evidencia de que no hace buenas migas con los santos de la iglesia? Nadie conoce el secreto; pero dicen malas lenguas que se pasan de afectuosas las relaciones que median entre Juana y el cofrade que en la rifa mangonea como pariente cercano del Cristo de la Paciencia.

III

Tal es de aquellos devotos la diversión predilecta que, si á muchos entretiene, á Juana sólo aprovecha. Mas Dios haga que, si un día los mozos que la cortejan, en lo que pasa se fijan y en impedirlo se aferran, no pongan punto á la historia de Juana la tabernera y del guapo que preside la rifa de Villambriente!

JUAN PÉREZ ZUÑIGA,

FRAY CANDIL

Este es el pseudónimo que usa ordinariamente un escritor cubano, que llamar, se llama Emilio Bobadilla, pero que pese á su apellido, no dice bobadas ni chicas ni grandes, ni tiene pelo de tonto, ni de clase alguna en la lengua.

Tiempo hacía, no mucho sin embargo, porque Bobadilla es muy joven, que habían llegado á mi noticia la fama de Fray Candil, y hasta algunos de sus escritos, que desde el primer día me llamaron la atención por el desenfado, casi siempre de buen gusto, y por la valentía y espontaneidad del criterio artístico que revelaban.

Después de leer *Reflejos de Fray Candil*, colección de artículos críticos que ha tenido la bondad de remitirme el autor, puedo ya juzgar con suficientes datos el talento de este escritor ultramarino, capaz de dar lecciones de muchas cosas á muchos literatos metropolitanos.

Y fallo que debo decir, y digo á los lectores del MADRID COMICO mi opinión acerca de Bobadilla y sus artículos.

Acabo de leer una composición en prosa que se atribuye al Sr. Botella (*jeorcholis* qué botella, digo, qué artículo!) y de derivación en derivación, como dice el simpático recipiente, si es que el artículo y los vidrios rotos son suyos en efecto, digo, ó mejor, repito, que de derivación en derivación, he venido á parar en los rípios extraordinariamente aplaudidos de cierta comedia... y siempre *derivando*, he concluído por pensar que ahí en Madrid se han vuelto VV. locos. Y para arrancar el ánimo de tan penosas impresiones, nada más apropiado que leer un libro como el de Fray Candil, donde, á vuelta de varios defectos, los más naturales consecuencias de la edad y de un genio literario que tiene cortos inconvenientes, se encuentra como

principal mérito un sanísimo y buen sentido puesto al servicio de una franqueza y de una lealtad admirables.

En estos tiempos de refinamientos y alambicamientos literarios (donde los hay), Bobadilla ha pensado que la *pose* más original, la *boutade* más quintiesenciada sería... decir con toda claridad lo que se piensa y lo que se siente, y sentir y pensar con la sencillez de una inteligencia y de un corazón fuertes y exuberantes de originales y espontáneos arranques.

Los que piensen que en Cuba hay muchos escritores malos, aciertan. Pero no saben de la misa la mitad si no saben que también los hay buenos.

Como aquí, valga la verdad, dedicamos muy poco tiempo á la literatura cubana, estamos casi á oscuras en punto á legítimas reputaciones, y á reputaciones usurpadas de escritores ultramarinos. Hay académico que respecto de América, no sabe más que dos cosas: primera, que la descubrió Colón, el cual, creyendo ir á una India, se encontró con otra (palabras de un diputado), y segunda, que en *El hombre es débil*, se canta esto:

«Te llevaré á Puerto Rico
en un cascarón de nuez.»

Yo oí á dos empleados, que se habían traído cada cual media isla, disputar en la Puerta del Sol si Cuba caía hacia la calle de Alcalá ó hacia la calle del Arenal.—Yo te digo que *se va* por la estación del Mediodía.—Pues yo te juro que se va por la estación del Norte. El uno se había embarcado en Cádiz, y el otro en Santander... pero ambos se habían enriquecido haciendo la *vista gorda* y *cerrando los ojos* ante muchas operaciones económico-ultramarias; por eso ignoraban por dónde se iba á Cuba, y sólo sabían que por todas partes se va á Roma... y que á Roma por todo.

Leyendo á Bobadilla, se ve que, á Dios gracias, en nuestra hermosa *perla antillana* hay algo más que *sinsontes*, y que no faltan libritos buenos, ni quien sepa distinguir á los tontos de los discretos.

Para que vean VV. lo adelantados que están, allí algunos, no todos los cubanos, adoran en Cañete y se tienen unos cuantos con mucho desparpajo de ciertos poetas nuestros que son en la poesía lo que el *Poult* de las corridas de toros del hipódromo en París al toreo fino.

Fray Candil, no sólo sabe llamar tontos á los que lo son en América, sino también á los babiegas de la metrópoli.

Hablando con la mayor formalidad, recomiendo á VV. muy de veras los artículos de Bobadilla escritos con soltura, naturalidad y corrección las más veces, y que si no siempre salvan los escollos de la trivialidad, es por culpa de los asuntos y por la prisa con que ha de escribir muy á menudo quien se consagra al periodismo literario.

Si he de atreverme á dar algún consejo al simpático colega cubano, le diré que procure suavizar un poco la forma... y dar más fuerza y más gente. Sí, Sr. Bobadilla, observo á veces demasiada desnudez en los ataques (como yo no observaré también en los míos), y noto, además, que no se atreve toda la con ciertas famas peninsulares que, oráeme á mí, son de similar. Casi estoy seguro de que andando el tiempo, Bobadilla, que es hombre de gusto, sincero y de original criterio, calzará el guante más á menudo para *pegar* (ya que así se dice); pero, con la finura del mundo, se atreverá con ciertos idealillos de barro, aunque los encuentre como *bibelots* de moda en los salones.

Creo, en suma, que despreciará á más gente, y la despreciará con mejores modos.

De todas suertes, reciba (si estas cosas llegan tan lejos), mi enhorabuena cordial el valiente paladín del buen gusto que lucha allende los mares, con los Carullas, Pidales, Catalinas, etc., etc., de aquella hermosa tierra ex-virgen.

* *

No quiero concluir sin decir á VV., aunque poco ó nada les importe, que por los *Reflejos de Fray Candil* he averiguado que Cañete, siguiendo su costumbre y la de otros, de atacar en sus cartas ultramarinas á los escritores á quien quieren mal, y de los cuales no dicen palabra en la prensa de la Península, digo que Cañete ha publicado en América no sé qué contra este mísero Clarín, según Bobadilla, «queriendo burlarse de mí.»—¿Conque esas tenemos, D. Manuel?—Lo mismo ha hecho V. con Galdós y con otros, más inocentes que yo todavía. No está mal.

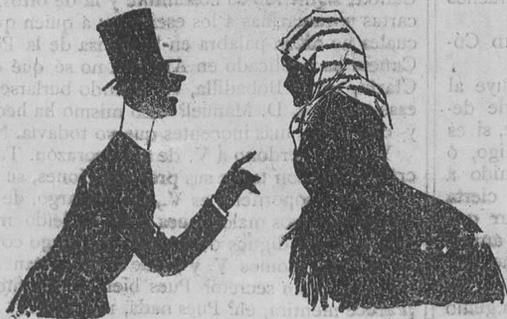
Yo se lo perdono á V. de todo corazón. Tal se va poniendo la crítica, que con todas sus preocupaciones, su poca sal, su estilo ramplón y soporífero, es V., sin embargo, de los *Aristarcos* en ejercicio menos malos, pues al fin ha leído muchos libros, aunque no todos dignos de lectura. No tengo contra V. ni un adarme de hiel. ¡Somos V. y yo de mundos tan diferentes! ¿Quiere usted saber un secreto? Pues bien, hasta me es V. simpático! Parece mentira, eh? Pues nada, me lo es V.

CLARÍN.

DE BAILE



Te presento á don Tomás,
que te pide un cotillón.
Es buen chico y es barón...
—¡Hombre, no faltaba más!



...pero á la salida... ¡ya sabes!



—Si güelves á bailar con el *maleta*
te mango dos reverses en la geta.



—¡Haga V. el favor de no bailar de esa ma-
nera!
—Vamos, no se ponga V. moños, que á nadie
le amarga un dulce.



—No; no puedo bailar si no se pone V. el
pañuelo en la mano derecha; que dice mamá
que siempre llevo los vestidos llenos de grasa.

—Yo la pego á esta chica
dos apretones,
¡aunque se me revienten
los sabañones!



—¿Quieres que bailemos esta habanera?
—No puedo; estoy comprometida con un
panoli... pero luego te daré las señas de casa.

Á MI SUEGRA

(BOUQUET)

—¡Casarse con su cuñadal
¡Vaya una idea endiablada!
—¿De mi dicha no te alegras?
—¿Cómo tu dicha?—¡Ahí es nada!
¡La cosa es ahorrarse suegras!

Hizo á Pinto, Pepe López
una excursión veraniega,
llevando allí la familia,
y allí se murió Marcela,
la suegra de Pepe López,
víctima de una dolencia
tan terrible como breve,
que dió con su cuerpo en tierra.

A los seis años cabales,
en la calle de las Huertas
al párroco del lugar
Pepito López encuentra;
salúdale cariñoso
y con efusión le estrecha
la mano.—¿Cómo está usted,
padre cura?—La sorpresa
y el asombro más profundo
el buen señor manifiesta
al replicar:—No conozco...
—¿Es posible? ¿No se acuerda
usted de mí?...—¡No, señor!
Y aunque mi memoria es buena...
—¡Pues yo nunca he de olvidarle!
—¿Me conoce usted?—¡Frioleral!
¡Tuve la dicha de verle
en una ocasión suprema!

—¿Sí? ¿Dónde?—¡Una noche en Pinto,
administrando á mi suegra!

Un borracho impenitente
á quien nadie convencía,
dejó la bebida un día
motu proprio, y de repente.

De su decisión testigos,
viéndole obrar con decoro,
le felicitan en coro
sus deudos y sus amigos.

Y al pedirle la razón,
con voz dulce y cariñosa,
su tierna y amante esposa
de aquella transformación,
respondió el hombre:—Soy noble.
¡Te lo diré sin empacho!
¡Siempre que estaba borracho
veía á tu madre doble!

—Está la noche muy fría,
suba usted ese cristal
que esa señora podría,
según sopla el vendaval,
pescar una pulmonía.

—Muchas gracias, ya lo sé.
—¿Cómo?—replica el viajero.
—Lo hago apropósito.—¿Eh?
—Es mi suegra, caballero.
—¡Entonces, dispense usted!

E. NAVARRO GONZALVO.

COMPROMISO

¡Qué hermosa está la Marquesa
reclinada muellemente
en el lindo confidente
á dos pasos de la mesal

Bajo el amplio *matiné*
se adivina el alto seno
que... vamos, yo soy muy bueno,
pero me da no sé qué.

Y sus ojos entornados
bajo las negras pestañas,
ocultan las malas mañas
de pícaros redomados,
pues todo el mundo confiesa
en paseos y salones
que roban los corazones
los ojos de la Marquesa.

Sin que ella quiera evitarlo
muestra y luce, en su abandono,
un pie muy mono, ¡tan mono
que era cosa de besarlo!

Y un brazo hermoso, turgente,
mezcla de nieve y de rosa,
cae con languidez graciosa
á un lado del confidente.

¡Es bella! Ya lo sabe ella.
¿Y qué diablos hago aquí
con una mujer así,
tan coquetona y tan bella?

En este marco elegante
donde, á mi pesar estoy,
no cabe duda que soy
una nota discordante.

Delante de una muchacha
que es la finura en persona,
tan incitante, tan mona...
¡debo tener una fachal!

Y hace dos horas ó tres
que estoy aquí, haciendo el oso,
con la pluma y un precioso
abanico japonés.

¡Cuidadito que es empresa
de tres bemoles y pico
el manchar el abanico
de la señora Marquesa!

Porque yo ¿qué he de escribir
que no venga á resultar
alguna cosa vulgar
que no se deba decir?

De veras me perjudica

la costumbre inconveniente
que pone á un vate indigente
frente á una Marquesa rica.

Pues colocado en mi caso
no habría quien se atreviera,
y pasaría cualquiera
los apuros que yo paso.

Además, hace un minuto,
al verme comprometido,
me ha mirado y se ha reído
como diciendo:—¡Qué brutal!

Pero ¿qué le voy á hacer?
La pluma sigue parada
y no se me ocurre nada
delante de esta mujer.

Porque ¿quién no se embelesa
y se atortola, y se apura,
con la espléndida hermosura
de la señora Marquesa?

He empezado muchas veces
á hacer *in mente* una copla,
y la inspiración no sopla,
ó sólo sopla sandeces.

Luego la miro, y acabo
por maldecir de mi estrella
y por comprender que es ella
la sultana, y yo el esclavo.

¡Está visto! Me cohibe
tan incitante indolencia,
y ¡qué diantre! en su presencia
se siente, mas no se escribe...

—Pero ¡por Dios! ¿qué le pasa?
Puesto que usted no se inspira
ponga usted cualquier mentira,
que no me enoja la guasa.

Y aunque me llamen hermosa
no me incomodo...

—Lo creo.
y apesar de que deseo
hacer constar otra cosa,
puesto que usted lo desea
por hacerme una merced,
voy á escribir que es usted
horrorosamente fea.

.....
—Un momento. Le suplico
que me haga usted un favor.

¡Ya lo he pensado mejor!
¡No me gusta ese abanico!

SINESIO DELGADO.

SONAMBULISMO

Hay casos raros, extraordinarios en sonambulismo.
He presenciado algunos que parecen inverosímiles.
Nunca había creído en el magnetismo animal por medio de
pasas y almendras...

Pero lo he visto.

Conocí á una joven americana de ojos negros, no rasgados,
sino abiertos naturalmente, brillantes, habladores; cabello negro
y sedoso, tez blanca; pie pequeño, para lo que se usa aquí y en
Ultramar; esbelta, seductora...

Su corazón era un volcán con vistas al Paraíso.

¡Qué niña tan hermosa!

La ví, la amé...

—¿Cómo?—preguntarán ustedes.

Aquí del ilustre poeta Fernández y González.

—«...Llegándola á ver.»

No había comprendido su carácter y llevábamos de novios
algunos meses.

Tan fácilmente aproximaba sus labios á los míos, como me
sacudía un bofetón de cuello vuelto, cuando intentaba besar su
rostro.

—¿Qué pasa aquí?—pensaba yo.—Esta chica es fuego en oca-
siones y hielo en otros momentos.

Hablé con su padre, con su madre, con el casero, y... nada,
ninguno supo explicarse aquel fenómeno.

(Este «aquel fenómeno» entiéndase que no es alusión al
padre.)

Pero llegó un día, porque los días llegan, y me convencí por
mis propios ojos de la verdad que buscaba.

Mi novia era sonámbula.

Pero un ejemplar raro, digno de mención y de estudio.

Elenita se dormía sola y pasaba ocho ó diez días sin darse
cuenta de lo que hablaba, ni de lo que hacía, ni de lo que pen-
saba.

Sorprendí este secreto en una noche en que, por causa de la
lluvia, me quedé en su casa.

—¿Adónde va V. á estas horas?—me preguntó el padre.—Que
dese en casa, que no ha de faltarle cama.

Yo me estremecí espontáneamente, y vacilé.

Pero me resolví á quedarme.

Mi novia me miraba con ternura.

—¿Qué querrá decir?—me preguntaba yo.—¿Que me vaya ó
que acepte la hospitalidad?

Siempre he sido torpe en el lenguaje de las miradas.

Lo mismo leo en unos ojos negros (por dentro), que en unos
azules ó en otros pardos.

Además, vivo escamado por haber sufrido las consecuencias
de malas traducciones del idioma ocular.

Pero opté por pernoctar en la casa de mi novia.

Nunca hubiera resuelto semejante cosa.

Se acostaron los padres y la hija, y la criada y yo.

A mí me habían improvisado una cama con un colchón tras-
parente, en el mismo suelo.

—Voy á dormir—pensé—bajo el mismo techo y sobre el mis-
mo suelo (propiamente dicho) que mi amada.

Serían las dos de la madrugada cuando oí ruido como de pi-
sadas desconocidas, como diría algún novelista.

—En esta casa no hay perro—me dije—y las pisadas no pa-
recen *oriundas* de raza canina.

Cuando estaba entregado á estas meditaciones, sentí que una
mano se posaba en mi frente.

—¡Caracoles!—exclamé.

Y en un salto me corrí fuera del colchón.

—Paco—murmuró una voz que yo reconocí,—aquí estoy.

Como yo aún no me llamo Paco, experimenté cierto disgusto.

—Será la criada—pensé.—¿Pero quién es Paco?

Disimuladamente, y procurando no hacer ruido, busqué mi
fosforera y...

Encendí una cerilla y ví á mi novia; á mi novia, que en traje
de baño, aunque enfundada en una camisa de longitud invero-
símil, se hallaba junto á mí.

La luz del fósforo no la impresionó.

—Paco—repitió.—Aquí estoy.

Me levanté precipitadamente y encendí un cabo de bujía
que me habían concedido para que viera cómo me acostaba.

—¡Señorita, señorita!—grité,—¿á ver qué significa esto?

Pero ella seguía marchando, hasta que tropezó con el colchón
y cayó.

Lanzó un ¡ay! agudo y se levantó precipitadamente.

—¿Dónde estoy? ¡Ah, infame!—repitió.

—¿Infame?

—Hemos concluído... Abusar de la hospitalidad honrada...
 —¿Yo? ¿Pero tú estás loca?
 A las voces acudió la familia.
 —¿Qué ha ocurrido?—preguntaba el padre, con una luz en la mano izquierda y un estoque en la derecha.
 —Pues nada, que me he encontrado con la niña en mi cuarto. Entonce lo supe todo.
 El padre rompió á reír y me dijo echándome una mano sobre hombro derecho:
 —No haga V. caso, hombre, Elenita es sonámbula.
 Y la madre añadió:
 —¿A que le ha llamado á V. Paco?
 —Es verdad.
 —Pues no haga V. caso; es su primo.
 Efectivamente, no volví á hacer caso, pero fué de la niña.

EDUARDO DE PALACIO.

LAMENTACIONES

¡Comedia! ¡Alhambra! ¡Zarzuela!
 Vuestros salones pisé,
 y en ellos ¡ay! desgasté
 de mis botinas la suela.
 Y una noche... de improviso...
 ¡Bien lo recuerdo! Aquel terno
 vino á trocar en infierno
 lo que juzgué paraíso.
 Le di un bofetón... ¡Dios mío!
 llega, tira, rompe, raja,
 ve el brillo de mi navaja,
 yo le sacudo con brío.
 Caigo al suelo, él sobre mí,
 la gente se arremolina,
 y de aquella tremolina
 de espumante frenesí,

donde la gente alborota,
 saco un brazo dislocado,
 y más aún ¡Dios amado!
 ¡Mi pobre chistera rota!
 ¡Mi chistera! Treinta reales
 me costó, según la cuenta,
 ¡siete pesetas cincuenta!
 ¡un duro y medio cabales!
 Lo del brazo, menos mal;
 no siento yo lo del brazo,
 ni tampoco el estacazo
 aquí, en la espina dorsal.
 Siento mi chistera, que era
 ¡tan reluciente! ¡tan alta!...
 ¡Ay, Dios mío! ¡Cuánta falta
 me está haciendo mi chistera!

ANTONIO MONTALBÁN.



En un teatro de tercer orden se representó días pasados el famoso drama *El Zapatero y el Rey*.
 —¿Has estado á ver la obra de Zorrilla?—preguntamos á un amigo.
 —Sí—nos contestó.
 —¿Quién hacía de Rey?
 —El Rey no ha salido. Al menos á mí, todos me han parecido zapateros.

Entre borrachos:

—Voy á desahogar mi pecho contigo, compadre.
 —¿Qué te pasa?
 —Estoy muy triste.
 —¿Por qué?
 —Porque tu mujer es una infame. ¡Has de saber que nos falta!

Lo que le pasó á Rodríguez
 no pasa á nadie en Europa,
 se metió á escribir un drama
 y le resultó una ópera.

—¿Sabes que me caso?
 —¿Con quién?
 —Con una americana.
 —¡Hombre! ¡Con este frío! Cuanto mejor sería que te casaras con una capa.

Mr. Fortier, organizador é inventor de carreras pedestres en el Brasil, Chile, Perú, Uruguay, Francia, Rusia y América del Norte, dará una variada función en la plaza de Toros, el día 2 de Febrero. Habrá carreras con obstáculos, ídem con velocípedos, corrida de becerros, etc., etc.
 Esto es lo que acaba de decirnos el propio Mr. Fortier.

Que tus ojos lloran perlas,
 te ha dicho un poeta, Carmen.
 ¡Quién estuviera á tu lado
 cuando se muera tu madre!

J. RODAO.



Libros:

Descubierta, es una colección de cuentos y novelas cortas que ha reunido en un tomo su autor D. Juan L. Lapoulide. Sabe dar interés á sus relaciones y amenidad á su estilo, es decir, sabe ser novelista y debe acometer empresas de mayor empeño.

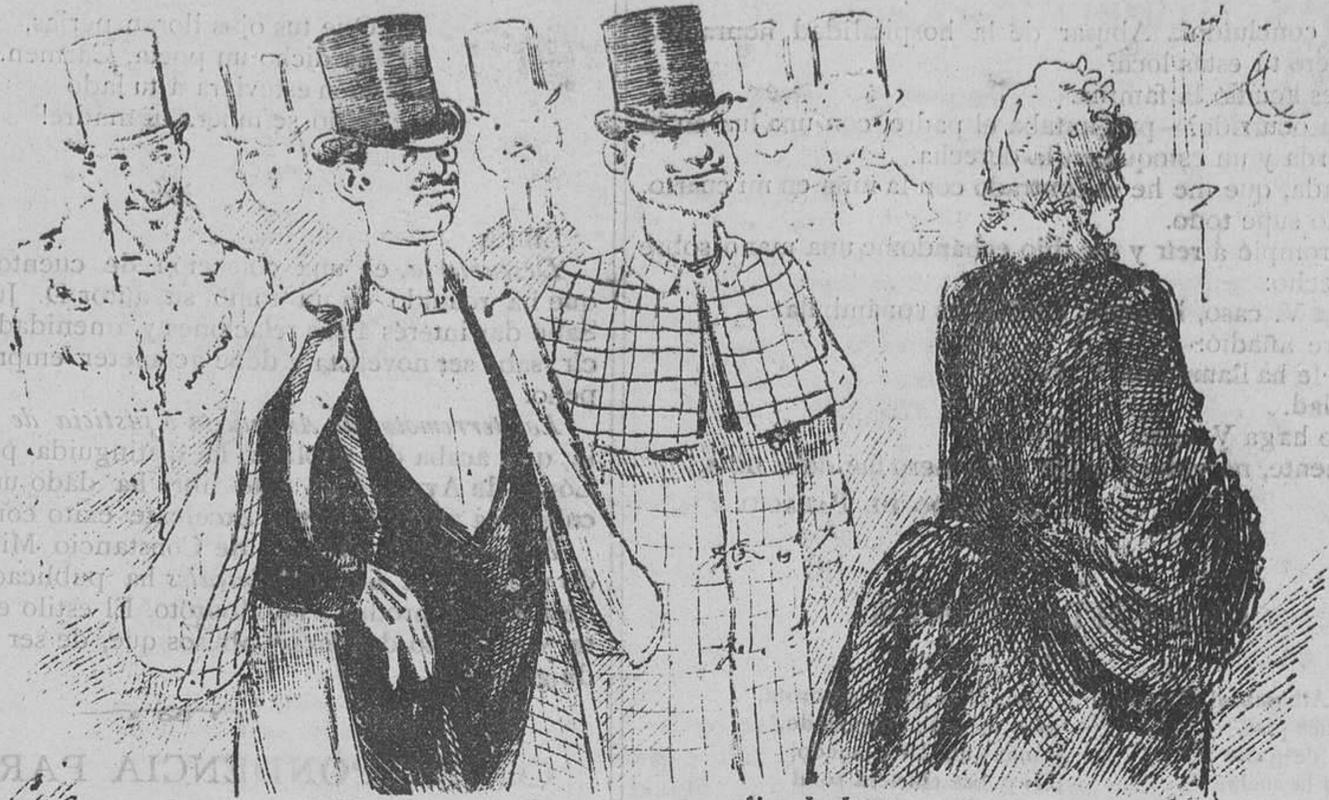
Los terremotos de Andalucía ó justicia de Dios, es una novela que acaba de publicar la distinguida poetisa D.^a Angeles López de Ayala. Con este libro ha dado una prueba de que cultiva la novela con tan excelente éxito como la poesía lírica.

El sacramento espúreo, de Constancio Miralta. Este conocido redactor de *Las Dominicales* ha publicado este nuevo libro destinado á producir un alboroto. El estilo es atrevido y valiente, y el objeto denunciar abusos que, de ser ciertos, no carecen de gravedad.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. O.—Madrid.—Todo se vuelve asonancias y ripios.
Cachólapiz.—«Es que llama el aguador temprano,» no es un verso endecasilabo, aunque se mire con lentes.
 Sr. D. F. C.—Madrid.—Puede ser que sirva. Veremos.
Coliflores.—Logroño.—¡Buen bombol! Pero no puede publicarse.
 K. 3.—Pamplona.—Eso de no contar bien las sílabas es una desgracia.
 K.—Madrid.—Sucio y sandio, todo en una pieza.
Melindres.—¡Caracoles! ¡pues no se anda V. con muchos melindres!
 ¿A. P. T. C.?—¡K!
 Sr. D. M. G.—Madrid.—Entra en turno.
Tarifa especial.—No hay dos versos bien medidos. ¡Ni dos!
Fanerdon.—La de V. es difícil de arreglar porque son cuestiones de asonancia y ritmo. La otra carece de medida.
Un ingenio.—Pero en esa composición no lo ha revelado V.
Scápula.—Sevilla.—Número 146.
Cadenas.—Gastadísimo, y además no tiene gracia.
El del rincón.—¿Quiere V. un consejo? Bueno, pues cuente V. las sílabas y verá V. como no todos los versos tienen ocho.
 Sr. D. R. P.—Madrid.—Vaya, que son atrevidillos de veras.
 Sr. D. J. C. A.—Madrid.—Además de los defectos que V. indica tiene el de que el asunto carece de efecto cómico.
Cóndito.—Parecen de principiante. Lo son ¿verdad?
 Sr. D. G. B.—Madrid.—Es bastante defectuosa en la forma.
Mono Sabio.—Sevilla.—No carece de gracia, pero lo echan á perder unos cuantos ripios...
Kan.—Sevilla.—Poco chiste, muy poco.
Elena.—No vale la pena de pedir á V. la firma. ¡Es tan poquita cosa!
 Sr. D. J. C.—Cádiz.—Faltan siete ú ocho números.
Zapatillas.—Digo á V. lo mismo que á *Elena*.
Cachólapiz.—Buena idea, pero desarrollada con poco cuidado.
 Sr. D. J. A.—Madrid.—Sí, resulta un poco larga por la escasez de interés.
El incansable.—Además de que es defectuosa no se ve la punta.
Berbiquí.—No estaría mal... en un álbum.
Mamerto.—Zaragoza.—¿Por qué no manda V. dibujos en papel autógrafa?
 Sr. D. R. B.—Vicálvaro.—El chiste es de mal gusto, porque se trata de una muerta.
 Sr. D. F. G. R.—Madrid.—Viejecico el cuento y tan sucio como viejecico.
 Vitrubio.—¡Si es que el original nos ahoga!
 Srta. Zimpazizabob.—¡Ay, niña! qué mal anda V. de silabeo.
 Sr. D. G. C.—Valderrobres.—A consecuencia de lo que indica su suscripción termina en Febrero.
Alambique.—¿Quiere V. firmar?
 Sr. D. J. P. F.—Madrid.—Un poco manoseado el asunto.
 Sr. D. A. C.—Madrid.—Aprovecharé algunos.
 Sr. D. J. M. de L.—Morón.—Sirve. ¡Ya lo creó que sirvel!
Al de la epístola.—Valencia.—Puede que tenga V. razón, pero no es por falta de trabajo ni de buen deseo. Agradezco mucho su interés.
Un alicantino.—Iremos por allá en Julio ó Agosto.
Furraca.—Valladolid.—Es mediano... y eso está escrito con la mano izquierda.
 Sres. K. T. To.—Madrid.—*Piquilín*, Pamplona.—B. H. Zaragoza.—X × h 2 Segovia.—K. Hondo. San Fernando.—*Cirrusco*, Zaragoza.—Pepe, Madrid.—*Desperdicios*, Madrid.—Q. D. Madrid.—*Fulanito*, II.—Adolfo, Sevilla.—*Dos amigos de la infancia*.—Mahoma.—*Pobre chico!*—*El Hortera*.—L. S.—Acido sulfúrico.—No se pueden publicar las composiciones de VV. ni decir la razón por falta de espacio. ¡Jesús, señor! Hace versos toda la humanidad...

MADRID COMICO A LA SALIDA DEL REAL



Una... cualquiera, con guardia de honor, aunque la esté mal el decirlo.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 16 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones a fin de mes, y se suspende el paquete a los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2, segundo

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Teléfono núm. 620

COMPañÍA COLONIAL
 PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
 CHOCOLATES
 ACREDITADOS CAFÉS
 26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
 Y PARA SU DIRECTOR
 LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
 EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
 TES.—TAPIOCA.—SAGU
 BOMBONES FINOS DE PARIS
 Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
 Sucursal..... Montera, 8
 Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA (APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante, que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el álbum, se venderá a los precios siguientes:

- Sin encuadernar..... 20 pesetas
- Encuadernado en tela..... 25
- Cartulinas sueltas (cada una)... 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librereros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.